

TIRO DE GRACIA

BIBLIOTECA DE CUENTO CONTEMPORÁNEO

Nº 62

Gustavo Marcovich

TIRO DE GRACIA

CULTURA
SECRETARÍA DE CULTURA



*F*ICTICIA
EDITORIAL

TIRO DE GRACIA
Primera edición en la Colección Biblioteca
de Cuento Contemporáneo: 2018

COEDICIÓN:
Ficticia, S. de R.L. de C.V.
Secretaría de Cultura

© Gustavo Marcovich Padlog (pseudónimo: Gustavo Marcovich), por el texto /
© Luis Lucacci, por la fotografía del autor.

Ilustración de portada y diseño de colección: Rodrigo Toledo Crow /
Edición y corrección de estilo: Mónica Villa

D.R. © 2018, Ficticia, S. de R.L. de C.V.
Magnolia 11, Col. San Ángel Inn
C.P. 01060, Ciudad de México
ficticia.com

D.R. © 2018, de la presente edición
Secretaría de Cultura
Dirección General de Publicaciones
Av. Paseo de la Reforma 175,
Col. Cuauhtémoc, C.P. 06500,
Ciudad de México
www.cultura.gob.mx

Las características gráficas y tipográficas de esta edición son propiedad
de Ficticia, S. de R.L. de C.V.

Todos los Derechos Reservados. Queda prohibida la reproducción total o parcial
de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y
el tratamiento informático, la fotocopia o la grabación, sin la previa autorización
por escrito de los editores.

ISBN: 978-607-521-100-8, Ficticia, S. de R.L. de C.V
ISBN: 978-607-745-838-8, Secretaría de Cultura

Impreso en México / *Printed in Mexico*

CULTURA
SECRETARÍA DE CULTURA



FICTICIA
EDITORIAL

*Yo quiero morir conmigo,
sin confesión y sin Dios,
crucificado en mi pena,
como abrazado a un rencor.*

Antonio Podestá

*Si accedes de grado, el destino te llevará;
si no, te arrastrará a la fuerza.*

Séneca

UNO

En el consultorio el paciente esperaba —por eso se le llama así—. Su tranquilidad, que rayaba en la elegancia, sólo era interrumpida por alguna ocasional expulsión del aire de sus pulmones en forma súbita y algo violenta. Para su suerte, y la del mobiliario, la tos no venía acompañada por expectoraciones.

No pensaba demasiado. Mirar a través del vidrio, de ese raro silicato líquido, le era suficiente. Detrás del escritorio, el ventanal permitía ver una espesa y nítida nube grisácea que ocupaba el sitio en donde debería haber aire transparente y cielo azul. La atmósfera de la Ciudad de México es un gran laboratorio ambiental y sus habitantes son los conejillos de indias.

Un pajarito se paró en el dintel de la ventana como si fuera una señal. No le hizo caso; no creía en los presagios porque era sabedor de que los augurios nunca son buenos.

Le hubiera gustado quedarse así un buen rato, para siempre, pero no era posible. Nada de lo que nos gusta dura demasiado. El galeno entró al consultorio para interrumpirlo y, ya que estaba ahí, darle el diagnóstico.

—No te tengo buenas noticias, Emilio —soltó el Dr. Raúl mientras se sentaba enfrente. En medio quedó la mesa, imitación caoba y con un vidrio de seis milímetros que cubría

una serie de fotos familiares y banderines de diversos equipos de béisbol, como separación de seguridad entre sus dicámenes y la fortuna de sus clientes—. El cáncer de pulmón se corrió hacia el páncreas.

—¡No! ¡No puede ser! —clamó Emilio. Claro que, para lo que le quedaba de voz, su lamento no pasó de unos cuantos decibeles. No fue el caso del estruendo que provocó la prolongada tos que le siguió y que, ahora sí, venía acompañada por copiosas flemas. Alcanzó a contener y someter los esputos con un pañuelo blanco que apenas logró sacar a tiempo del bolsillo trasero de su pantalón. La última expectoración se pudo escuchar incluso afuera del consultorio, allá en donde esperaba Brenda, la fiel secretaria del Dr. Raúl, siempre presta para hacer y cancelar citas y, según las habladorías, también para satisfacer las demandas de cualquier tipo del jefe.

—¿Estás seguro? —insistió el condenado que, como cualquiera en su situación, se negaba a aceptar lo obvio.

Raúl esperó a que pasara el ataque de tos y procedió a sacar de un sobre grande, muy grande, la radiografía correspondiente a un tórax que, tal vez, era de cualquiera, pero, había que creerle, pertenecía a Emilio. Luego extrajo una tomografía computarizada, que suele ser más impacante por aquello de que es cara y difícil de interpretar. Colocó ambas a contraluz para emprender una larga e innecesaria cátedra sobre unas manchas que se esparcían sobre lo que han de ser los pulmones y otras partes que componen el interior del cuerpo. Cosa de creer en la daguerrotipia.

No era necesaria la explicación sobre nitrato de plata. El condenado a no tener cura conocida, no ponía atención a la perorata gráfica. Estaba ahí, sentado frente a un estúpido doctor que, con una mano sostenía una radiografía frente a una lámpara y con el índice de la otra, señalaba

una oscuridad total en el sitio en donde debía verse un pulmón. Emilio no prestaba oídos a sutilezas. Elevó los brazos y el rostro al cielo, hacia donde suponemos se parapeta Aquel que, en momentos como éste, torna su albergue en trinchera inexpugnable.

Emilio tragó una flema —verdosa, si alguien hubiera osado verla— aunque, dadas las circunstancias, bien pudo escupirla sobre la vieja y gruesa alfombra de color café, y, ya liberado de ese peso, gritó con mayor soltura:

—¿Por qué a mí?! ¿Qué hice para merecer esto?

El doctor, el portador de las malas nuevas, no tuvo arresos para contestarle que, tal vez, por llevar unos cuarenta años fumando sin parar, por no hacer ejercicio y por vivir en una ciudad tan contaminada. Emilio había sido su paciente desde hace mucho tiempo y las recomendaciones y reconvenciones que le hizo, nunca surtieron efecto. El aprecio que le tenía, que nunca pasó a un estado de amistad, lo condujo por el lado de la condescendencia.

—Mira Emilio, no sé si quieras una segunda opinión o que intentemos algún tratamiento. La quimioterapia ha avanzado bastante y he oído que en Cuba experimentan con una vacuna que...

Emilio, al verse interrumpido en su diálogo con Aquel, del que sólo recibió por respuesta su acostumbrada ignominia, se volvió furibundo hacia el doctor y lo increpó.

—¿Cuánto tiempo me queda? —dijo con una voz firme que adquiría un tono inusitado para sus maltratadas cuerdas vocales.

—¿Qué? —recurrió el doctor a esa especie de sordera que se aplica cuando es necesario ganar un poco de tiempo, antes de proveer una respuesta que no se puede o no se quiere dar.

—¿Qué, cuánto me queda? Quiero que me digas la verdad —inquirió casi a los gritos.

—No sé —titubeó el otrora seguro matasanos—, tal vez un par de semanas. Los análisis muestran metástasis en ganglios linfáticos, en las glándulas suprarrenales y...

El incipiente occiso no aguantó más. Sufrió de un arrebato como no le acontecía desde aquella vez en primaria, cuando se trenzó a golpes con Montiel porque le ganó el lugar en la fila o algo así. Ya no recordaba bien el nombre de aquel imbécil ni los motivos de la disputa. Se paró de un salto, no supo cómo, acertó distancias y, en cosa de microsegundos, ya estaba sobre el doctor, golpeándolo.

Raúl palideció, trató de ponerse de pie y no lo consiguió. Gritó. No tuvo tiempo más que de echarse para atrás en su silla reclinable hasta que ésta, por el peso y el ángulo de las fuerzas convergentes, dio de sí y fueron a dar al suelo. Cayó de espalda. En el viaje tiró varios de sus diplomas que colgaban solemnes de la pared. El estruendo fue notable. Emilio tenía atrapado a su verdugo en el suelo, entre el escritorio y la pared, y lo golpeaba fuera de control.

—¡A mí no vas a decirme cuánto tiempo me queda de vida! ¿Quién te crees? Estúpido doctorcito de cuarta. No sirves ni para quitar un resfriado. ¡Judas! Eso eres: un Judas.

Ahora, entre golpe y golpe, Emilio volvió a disfrutar el viento sobre su ser. La misma sensación de frescura que producían los puñetazos aquella vez en la escuela cuando —los recuerdos se acomodaron— peleó con el imberbe de Guarneros —así se apellidaba—, aquel compañero que lo hostigó hasta hacerle perder los estribos y luego la reinscripción al Instituto.

¿Había valido la pena aquella pelea en plena pubertad? Sí, aunque tan sólo fuera por el viento que generó y que le refrescó el ser.

La sangre que manaba de la nariz de Raúl ya tapaba la blancura de algunas áreas de su bata, de la cual se despren-

dían los botones en sincronía con su dignidad. No acertaba a defenderse ni de manera somera. Nunca se le había ocurrido aprender algo de defensa personal. Tampoco le ayudaban las clases de yoga, a las que su esposa lo obligaba a asistir con su alfombrita bajo el brazo, por aquello de “mejorar su calidad de vida” —argumentaba ella, por no confesar su deseo de encontrar alguna mejoría en los esporádicos encuentros sexuales a los que se obligaban en fin de semana.

La que sí reaccionó con prestancia, que creyó de elegante ninja, aunque para los pacientes que esperaban en la recepción tuvo el *modus operandi* de un bofo judicial, fue Brenda. El escándalo llegó a sus oídos, dejó el Solitario a medias en la computadora y corrió en estampida solidaria a la defensa de su patrón. Supo de inmediato que era Raúl quien necesitaba auxilio por los chillidos que emanaba, los mismos que lanzaba al aire al alcanzar el clímax en sus breves, pero deficientes, escarceos sexuales.

Entró rauda al consultorio con las lonjas que el vestido no lograba contener en franco bamboleo, y no vio nada. Sin embargo, supo que la pelea se desarrollaba detrás de la elegante mesa, la misma que servía para desfogar los impulsos del doctor en sus menesterosas relaciones carnales. Así que la rodeó y ahí los encontró, trenzados. Emilio sobre Raúl, agarrándolo de la solapa de su antes nivea bata con la mano izquierda y con el puño derecho en alto, a punto de iniciar un nuevo recorrido hacia la afeitada cara del doctor.

Brenda no tuvo necesidad de pensar qué hacer. Procedió de manera instintiva como había aprendido en sus muchos años de transitar por las calles de la ciudad. Agarró vuelo y le propinó una tremenda patada a Emilio en las costillas y luego arremetió a jalarlo de los cabellos para quitarlo de encima de su Raúl.

De todos los golpes recibidos en la vida, esa patada fue la que Emilio sintió hasta lo más profundo, la que le hizo ver la realidad. En ese momento perdió la esperanza: ahí mismo cayó en la cuenta de que es imposible ganar. Se deshizo de las garras de la secretaria y buscó la salida del consultorio. No estaba molesto por saber que moriría, eso cualquiera lo sabe. Le fastidió que le fijaran una fecha. Le disgustaba sobremanera que le impusieran cotos. Conocía de sobra los límites, sus límites y a menudo chocaba —duro y de frente— con ellos. Lo que era un hecho, es que desde chiquito aborrecía las imposiciones.

Emilio abandonó iracundo el consultorio. En la sala de espera se detuvo para dar una inesperada explicación a los presentes.

Dos

Emilio no tenía claro cómo alcanzó la calle. Ni siquiera si pagó la consulta, aunque creía haber dejado una pila de monedas en la mesa de la recepcionista, de la maldita Brenda. Ya en la banqueta, arregló un poco sus cabellos, palpó el costillar derecho, adolorido, en busca de fractura, fisura o hemorragia pulmonar, y se autodiagnosticó un “nada grave”. Hizo un inventario rápido de sus bolsillos, para asegurarse de no haber perdido nada, y aprovechó para sacar un cigarro y el encendedor.

Prendió y fumó. Exhaló y casi sonrió.

Le cayeron unas gotas de lluvia. Pocas, pero pesadas.

Elevó la mirada al firmamento, no como quien busca una explicación, sino un parte meteorológico. El cielo, de un gris denso, no dejaba predecir lluvia porque bien podría tratarse de una contingencia ambiental. La concentración de contaminantes en la atmósfera, aunada a la baja temperatura, hacía casi irrespirable el aire de la ciudad. De cualquiera manera, él podía respirar poco. Lo que le molestaba era la acidez de la lluvia, como su lengua pudo determinar. Supuso que no sería buena para conservar los escasos pelos que aún defendían su cabeza.

La calle en que se encontraba el infausto consultorio era corta, tan sólo de una cuadra. Una especie de atajo entre

otras dos de mayor prosapia. Emilio tomó hacia la derecha por azar, aunque él no creía que eso fuera posible. El destino —estaba convencido— se forja a cada paso y, un ligero desliz, lo permuta. Caminó de frente hasta topar con un muro largo, de piedra, pintado de blanco. Un graffiti con la cara del Ché Guevara y la leyenda “Hasta la victoria siempre”, llamó su atención. Sonrió y recordó aquella frase de Mao Tse Tung: “Hay que luchar y seguir luchando, aunque sólo sea previsible la derrota”.

Le hubiera gustado tener con quién discutir un poco de política, pero ya no había interlocutores. Los debates de antaño desaparecieron de a poco hasta dejarlo solo; quedó como un marxista trasnochado, aunque él se consideraba un trotskista desmañado. Daba igual: los camaradas cayeron coaccionados por el sistema, entraron a trabajar al gobierno y se diluyeron en privilegios. Los que no se doblegaron, huyeron del país o murieron jóvenes. Él no había sucumbido, tan sólo se autoexilió en sí mismo: dejó de participar, de votar y ser votado, de luchar por las causas que consideraba justas; simplemente, tiempo atrás, llegó a la conclusión de que no hay solución. Había vivido gran parte del siglo y vio, con sus propios ojos, cómo todo se fue desmoronando. Al optimismo de los grandes ideales plasmados en la Constitución, siguió una racha infinita de ineptitud, rapiña, corrupción e impunidad, que llevarían al país a tocar fondo. La juventud no reacciona y, cuando lo hace, es reprimida con fiereza. El sistema roza en lo que siempre rehuyó: un anarquismo casi perfecto en el que las leyes sirven de ornamento.

Al llegar a la esquina cesaron de súbito sus devaneos mentales. Ahí se topó con un par de muchachos que, a plena luz del día, puesto que eran alrededor de las doce, fumaban marihuana de manera apacible y sin recato alguno. El olor lo alcanzó y le obligó a cruzar la calle para eludirlos. Los

mozalbetes no le parecieron peligrosos; sin embargo, temió que intentaran entablar alguna especie de conversación con él u ofrecerle droga. Recordó a la maestra Margarita, la de la secundaria, quien le aconsejó nunca pedir un cigarro en la calle porque podría contener algún estupefaciente. Sonrió y estuvo tentado a regresar a la banqueta original, a pedir una fumada. Mejor no. Tal vez bajo otras circunstancias. Ahora, de repente, se hallaba invadido por la sensación de que tenía poco tiempo y mucho qué hacer. Bueno, algunas cosas. Lo cierto, es que necesitaba de todas sus neuronas.

Llegó a la otra esquina. Dobló a la izquierda y caminó hacia una plazoleta en cuyo centro emerge la figura de Vicente Guerrero. No lo reconoció a simple vista, sino que lo supo porque, al pie de la efigie, se inscribía en metal el nombre del Héroe Nacional. Leyó la placa por su loco afán de leer cualquier cosa —costumbre de los que se educaron en la lectura—. Debajo del nombre, estaba inscrita la frase postrera del héroe: “La patria es primero”. No pudo evitar una sonrisa.

—¿Primero que qué? —expelió a la par que un sonoro ataque de tos.

Prosiguió su camino y divisó un templo de cantera y tezontle con la figura de un santo en su fachada. Supuso que era barroco, más que nada porque no recordaba los nombres de los otros estilos ni sus características.

Había pasado por esa zona al menos dos veces por año durante casi una década y nunca se percató de esa edificación ni de ninguna otra. El recorrido, desde donde dejaba el coche hasta el consultorio del imbécil de Raúl, nunca le representó más que una monserja sin fines turísticos. En esta ocasión, había asistido a la cita en taxi, cosas del “Hoy no circula” y se sintió libre: no tenía que pagar estacionamiento ni parquímetro, ni preocuparse porque le roben algo del

ÍNDICE

UNO.....	9
DOS.....	15
TRES.....	21
CUATRO.....	25
CINCO.....	29
SEIS.....	33
SIETE.....	37
OCHO.....	41
NUEVE.....	49
DIEZ.....	55
ONCE... ..	65
DOCE.....	69
TRECE.....	79
CATORCE.....	85
QUINCE.....	91

DIECISÉIS.....	97
DICECISIETE.....	105
DIECIOCHO.....	109
DIECINUEVE.....	113
VEINTE.....	115

«TIRO DE GRACIA»
DE GUSTAVO MARCOVICH
SE TERMINÓ DE IMPRIMIR EN AGOSTO DEL AÑO 2018
EN LOS TALLERES DE EL ERRANTE EDITOR S. A. DE C. V., PRIVADA
EMILIANO ZAPATA 5947, COL. SAN BALTAZAR CAMPECHE,
PUEBLA, PUE., CP. 72550.

SE TIRARON 2000 EJEMPLARES.